

La adolescencia y su acción social

La sociología se ha preocupado de manera prioritaria y casi exclusiva acerca de cómo la sociedad moderna produce un modelo particular de adolescencia y de cuáles son los factores y razones sociales, que explican la compleja y variada fenomenología adolescente en la sociedad actual. Sin embargo, la misma sociología se ha interesado mucho menos en cómo la adolescencia influye en la sociedad moderna y la configura en muchos de sus aspectos. En este sentido nos proponemos tratar brevemente la *acción social de la adolescencia*, entendida esta como la producción de sociedad, de procesos y de cambios sociales por efecto de ese nuevo actor social que es la adolescencia.

Un primer impacto de los cambios operados por la adolescencia en la sociedad actual ha sido la profunda transformación de las estructuras generacionales, reduciendo la edad de la infancia, a causa de una ampliación de la edad adolescente, la cual a su vez ha provocado una reducción de la edad adulta, que se contrae no solo por la extensión de la adolescencia sino también por una anticipación y ampliación de la “tercera edad”. Esta extensión del tiempo de la adolescencia no solo ha hecho del grupo adolescente un nuevo sector o clase social sino que además ha obligado a redefinir toda la sociedad en su conjunto a partir de la adolescencia: mientras que las sociedades tradicionales e incluso los anteriores modelos de sociedad habían tratado siempre de que la adolescencia fuera una edad breve y sobre todo de transición, ya que tales sociedades se definían y caracterizaban por la masa demográfica, el peso específicamente social de la edad adulta, mientras que la socie-

dad moderna se encuentra con una masa adolescente superior a la edad adulta, pero cuyo peso específico sobre la totalidad de la sociedad resulta tan ambivalente como paradójico.

En las sociedades más tradicionales el imperativo de preservar la cohesión social y de garantizar la reproducción de la sociedad, con cambio en la continuidad, obligaba a un control de la adolescencia y de su acción en la sociedad. Tales sociedades estaban organizadas de tal manera que se limitaba toda posibilidad de autonomía adolescente, asignando a los jóvenes funciones y desempeños bien definidos al interior de la comunidad. Pero mientras que el papel de la adolescencia en la sociedad premoderna consistía en garantizar la *reproducción de la sociedad*, en las sociedades actuales los jóvenes han ido ejerciendo una actuación social cada vez más eficiente y competente, manifestándose como actores sociales y económicos, políticos y culturales cada vez más performantes, y ocupando así un papel cada vez más protagónico en la real *producción de sociedad y de historia*. “En estas condiciones los jóvenes no tienen ya necesidad de acceder sobre una base individual al estatuto de *adulto* para ser considerado como actores con pleno derecho. Pueden ser admitidos al rango de productores de sociedad *conservando plenamente las características tradicionales del estatuto juvenil*”¹.

En otras palabras la juventud ha dejado de ser “el porvenir de la sociedad” en futuro, siendo ya en presente dicho porvenir de la sociedad. Esto es lo nuevo y lo difícil de entender no solo en su sentido sino sobre todo en sus consecuencias prácticas. Por eso la juventud “no es ya un potencial en espera de su expresión sino una dinámica actual” (íbid.). En términos más precisos sociológicamente:

¹ GOGUEN, Jacques. “Asxension et déclin des mouvements de jeune”, en *Le Débat*, n. 132, nov. – déc., 2004: 51.

la juventud es el futuro de la sociedad en la medida que altera ya su presente.

Estos cambios más estructurales operan y expresan toda la nueva morfología de los comportamientos adolescentes, los cuales ha dejado de tener como referencia la clase o edad adulta para identificarse con su propio grupo etario; prefieren semejarse a sus coetáneos que a los adultos. De ahí la profunda necesidad de diferenciarse más bien del grupo adulto. Tal es la lógica y la dinámica de un grupo social, como es hoy la juventud, que pasa de ser una “clase-en-sí”, socialmente identificable y diferente de las otras, para volverse una “clase-para sí”, con una conciencia propia y capaz de actuar de manera autónoma en su relación con los otros grupos y clases sociales. La necesidad de afirmar su diferencia con la sociedad adulta es tanto o más fuerte que su identificación intra-adolescente.

Según esto sería preciso reconstruir una historia reciente de la condición social de la adolescencia o la historia del estatuto social de la juventud a través de las diferentes fases y episodios más significativos por los que atravesó durante el último siglo o medio siglo, para mejor comprender la naturaleza y amplitud de los cambios².

Esta es la causa de las subculturas adolescentes, esencialmente “expresivas”, tendientes a diferenciarse del mundo adulto, a generar una “contra-cultura” tan impugnadora como diferenciadora a la vez que intensamente identitaria. Se trata de un comportamentalismo muy movilizador, cuya pretensión de *oponerse* frontalmente a lo adulto tiene el alcance de *imponerse* al mismo mundo adulto.

² Al texto clásico sobre este tema de Leopold Rosenmayr, “Nouvelles orientations théoriques de la sociología de la jeunesse”, *Revue Internationales des sciences sociales*, vol. XXIV, n.2° París, 1972, hay que añadir la más reciente tesis de doctorado en ciencias políticas de Jacques Goguen, *Pour une théorie des mouvements de jeunes* (Université Paris - I Sorbonne, 2003).

Pero esta actuación de la adolescencia actual respecto de la sociedad adulta, se encuentra sobredeterminada por una acción social adolescente de carácter más estructural o radical en la moderna *sociedad de exclusión*. Mientras que los adolescentes han luchado y siguen luchando por una más rápida y plena integración social, sin embargo, actualmente parecen haber transmutado el rechazo y la exclusión de la sociedad a su integración, los impedimentos o limitaciones que encuentra a integrarse en dicha sociedad, en una poderosa reacción *contra-integradora* a la sociedad; son ellos mismos los que se incorporan pero resistiéndose a integrarse socialmente. Los adolescentes que siempre buscaron el reconocimiento de la sociedad, en la actualidad tratan más bien de volverse *irreconocibles* con la finalidad de provocar el rechazo adulto y de rechazar el reconocimiento social.

Es, precisamente, cuando por su acción y actuación social aparecen como actores sociales y políticos, que el adolescente combina su acción con sus reacciones. Muchas de las señales de identidad adolescente, muchos de sus marcajes diferenciales, mucha de su subcultura adolescente tiene la doble finalidad de volvernos "irreconocibles" y de suscitar el rechazo adulto, como una forma de expresar ellos mismos el repudio de dicha sociedad adulta.

Y de este fenómeno emerge otra muy singular paradoja. La cultura adolescente que se busca y se pretende como "contra-cultura, para demarcarse y oponerse a la cultura adulta, esta se encuentra cada vez más marcada e inspirada por un signo juvenil tan poderoso, que ha contagiado el mundo adulto en su totalidad. Un mundo adulto que se busca y se quiere joven, que intenta rejuvenecerse por todos los medios, y que en el peor de los casos trata de conservarse "juvenil". Aunque cuando en lo profundo o más inconsciente del rejuvenecimiento del mundo adulto hay

algo más trágico y no resuelto: la obsesiva resistencia al envejecimiento, el morbo adulto en torno a la vejez.

Con todo al imponer a la sociedad su modelo juvenil la adolescencia ha “rejuvenecido” la sociedad moderna, deslegitimando en cierto modo la cualidad *adulta* de la que se había hecho sinónimo la sociedad en su conjunto. Es obvio que tal fenómeno no es ajeno a la impronta del mercado, que ha encontrado no sólo en el consumo adolescente y en la galaxia juvenil un filón inagotable de mercancías, sino también en la hipérbole de la “eterna juventud” el paradigma de la eternidad del mercado.

Son estos fenómenos donde hay que buscar el declive revolucionario de la edad adolescente y de los mismos movimientos juveniles, que parecen haber abdicado de sus proyectos subversivos y de la rebelión abierta. Aunque esta situación actual se enmarca también en el desmoronamiento de todas las posibilidades revolucionarias en el actual mundo globalizado. Pero además de la razón más estructural, según la cual las grandes transformaciones de la sociedad moderna no solo impiden cualquier tipo de intentona revolucionarias, ya que estas resultarían anacrónicas y reaccionarias o simplemente conservadoras, habría una razón particular para que ningún grupo o sector social y menos aún la adolescencia, pretenda asumir un proyecto de sociedad con finalidades revolucionarias.

De otro lado no solo las transformaciones sociales han proporcionado a los jóvenes extraordinarias ventajas comparativas en su integración contra-integradora en la sociedad moderna, sino también los mismos adolescentes han conseguido extraordinarias conquistas sociales. “Es efectivamente innegable que la consideración acordada al actor-joven, los cambios por los cuales el adolescente se ha hecho sujeto legítimo de la historia y el terrible poderío simbólico de la cultura juvenil funcionan como elementos suficientemente eficaces para proporcionar a los jóvenes una

compensación a sus desventajas materiales. Es, ciertamente de este lado que ha de buscarse la razón del hecho sorprendente de que los jóvenes no se rebelen, a pesar de una situación, en la que siguen siendo excluidos.

También en el caso de los jóvenes, al igual que para el resto de la sociedad, es hoy muy pertinente la llamada “paradoja Tocqueville”, según la cual y a pesar de lo que pudiera suponerse es precisamente cuando las situaciones son malas y muy adversas, que las condiciones para la rebelión y revolución disminuyen; en una época en la que las desigualdades crecen y las inequidades se agravan las disposiciones revolucionarias para un cambio se reducen; mientras que, por el contrario, en períodos de la historia en los que las desigualdades se acortan y las igualdades se amplían, no solo existe la convicción de que la situación puede mejorar todavía más sino que también existen las fuerzas sociales reales, capaces de impulsar tales mejorías.

En este sentido también la juventud ha ido perdiendo el potencial subversivo del cambio, y su conformismo no puede quedar separado del ocaso de las grandes posiciones vanguardistas en todo el mundo.

Según esto la situación de la adolescencia atraviesa por una conflictiva contradicción marcada, de un lado, por sus innegables conquistas sociales y sus enormes posibilidades de actuación social, de innovación social y de participar en los cambios sociales, como nuevo “actor histórico” en la sociedad moderna, pero de otro lado, esa misma adolescencia sigue sujeta a una condición de integración diferida, que se ha incluso agravado y no tiene perspectivas de mejorar en el futuro más inmediato, que es siempre el futuro adolescente.